

LA MODESTA LABRADORA.

COMEDIA EN UN ACTO,

POR FERMIN DEL REY.

PERSONAS.

El Marqués de la Floresta.
Don Silverio, su hijo.
Celestino.
Inés, su hija.
Mamerto, criado.



Blasa.
Pepa.
Bartolo.
Benito.

} Aldeanos.

Selva corta. Salen los Aldeanos cantando y baylando, y todos con los rústicos instrumentos, que corresponden á las tareas campesinas en la última estación del año; y acabado el quatro siguiente, salen Celestino, vestido de labrador, Don Silverio en traje humilde, pero decente, y Mamerto su criado.

Música. **P**ues ya el sol esparce benignos fulgores, borrando las sombras que pintó la noche: al monte, zagales, al valle, pastores.

Celest. Vamos, muchachos, acaben las rústicas cantinelas, y al avío.

Blasa. Sí señores; por eso no paseis pena, que el cantar, nunca el trabajo impide, aunque le divierta.

Bart. Mire usted, cantando es como espanto yo la pereza.

Pepa. Yo, quando hilo, sino canto me duermo.

Blasa. Escucha: te acuerdas de anoche? Mire usted, anoche estaba hilando la Pepa, y se le pegó la llama

del candil, á las melenas de cáñamo.

Mam. Acabaría mas aprisa la tarea.

Pepa. Ay qué embuste! Fue Bartolo, que como á ella la resqueibra, estando anoche sentados los tres á la chimenea, agarró un sarmiento ardiendo, y se le arrimó á la rueca para ver si yo dormía, ó escuchaba sus contiendas.

Bart. Yo resqueibrar á la Blasa? es mentira, que eso era resqueibrar á una tajada que la sobró de la cena.

Blasa. Señor, que miente.

Pepa. Es verdad.

Blasa. Mal hablada.

Pepa. Picotera.

Celest. Eh, vamos, y cada uno

á sus que haceres atienda,
que luego irán á llevaros
el almuerzo Blasa y Pepa.

Benito. Pues que no tarden, porque
ya los flatos me rebientan.

Bart. Y no os pareis en la fuente
con el vino, majaderas,
que la vecindad del agua
al vino no le aprovecha.

Blasa. Bien está.

Bart. Pues vamos, y otra
vez el sonecillo vuelva.

Mús. Pues ya el sol esparce, &c. *Vanse.*

Silver. Qué tranquilidad tan digna
de envidiar gozáis en esta
situación!

Celest. Os aseguro
que no hallo suerte á que deba
compararse. Aquí se vive
porque no se lisonjea,
ni de caprichos, agepos
pende la propia existencia;
pues quando avaricia y lujo,
vastas Ciudades infestan;
aquí animan dulces auras
desinterés é inocencia.

Yo gozo sin ambicion
una moderada hacienda,
miserable resto de otra
fortuna mas opulenta,
de que logré despojarme
en mi florida edad tierna
la injusticia de los hombres:
á mi hija la he dado en ella
la educación conveniente
á una regular esfera;
y sin embargo de que
alguna vez se me acuerda
mi antiguo estado, y me suele
ser esta memoria acerba,
no es la ansia de recobrarle
la que me agita y desvela,
sino el aborrecimiento
contra la infame soberbia
de quien labra sus fortunas
sobre las ruinas ajenas.

Mam. Son verdes, dixo la zorra,

y es que no podia cogerlas.

Silver. Teneis razon en quanto á eso;
pero el hombre que apetezca
la tranquilidad que goza,
poco aventura en la hacienda
que pierde; yo por mí os juro,
que en una cabaña de estas
viviria mas gustoso,
que entre la falsa opulencia
del Cayro, Menfis y Tiro;
pasando á cazar por ellas,
las vi tiempo hace, y despues,
para divertir tristezas
que inspira la confusion
de la Corte, aun en la esfera
de un pobre artesano como
yo, determiné en su bella
dulce mansion distraerme
de mis profundas ideas,
y lo conseguí, bien que
no todo el logro se deba
á su amable variedad,
sino á la beneficencia
de usted, que con tanto gusto
mi conversacion acepta.

Celest. El honrado debe ser
atendido de qualquiera.

Silver. Un mes ha que á vuestro lado
asisto, y en él sintiera
tuvieseis que perdonarme.

Celest. Perdonaros á qué simpleza!
que agradeceros sí, mucho.

Mam. El amigo galantea
al padre para agradar
á la hija; no es mala treta.

Salen Blasa, Pepa, Bartolo y Benito,
alborotados.

Blasa. Señor...

Pepa. Señor...

Bart. Señor...

Celest. Vaya,
que queréis?

Blasa. Dilo tú, Pepa.

Pepa. Dilo tú, Benito.

Benito. Dilo tú, Bartolo.

Celest. Qué friolera
traereis ahora.

- Blasa.* Que hemos visto venir un coche con priesa por el camino que cruza desde el barranco á la aldea, y luego... Vê usted la mano izquierda? pues no á la izquierda, sino cácia acá, conforme venimos de la derecha.
- Celest.* Y bien, qué quiere decir todo eso?
- Bart.* Si es una bestia la Blasa. Sabe usted qué es?
- Celest.* No.
- Bart.* Pues yo tampoco.
- Celest.* Apuestas á que...
- Pepa.* Yo, yo lo sé todo.
- Celest.* Y qué es?
- Pepa.* Que el amo se hospeda hoy en su Palacio, y viene á pasar aquí las fiestas.
- Silver.* Ay de mí! Qué oyo? Mi padre.
- Mam.* A Dios enredo. De esta hecha se lo llevó el diablo todo.
- Celest.* Pues qué novedad es esta? De cuándo acá entre humildades busca al placer la soberbia?
- Blasa.* Y ya las mozas y mozos, de todas estas haciendas, se están previniendo para festejarle quanto puedan.
- Bart.* Y nosotros le pedimos á usted, que nos dé licencia para no trabajar hoy, y entrar en corro.
- Benito.* Esto es fuerza, pues los demás labradores dan hoy á sus mozos suelta.
- Celest.* Bien, andad, y divertíos, que no es razon que mis quejas las pagueis vosotros.
- Bart.* Viva usted un monton de quaresmas.
- Pepa.* Vamos, Blasa.
- Blasa.* Ven, Bartolo, y vaya de bulla y gresca, que hoy de romper yo sola seis pares de castañuelas. *Vanse.*
- Silver.* Y no vais vos?
- Celest.* Yo, á qué? antes pienso huir de su presencia.
- Silver.* Huir su vista, por qué?
- Celest.* Es muy larga esa materia para tratada de prisa: desde nuestra edad primera no le he visto, porque él nunca vino hasta hoy á nuestra aldea, y habiendo entre su injusticia, y mi razon varias quejas, quiero evitar que su orgullo mis resentimientos crezca.
- Mam.* Ahora sí que estamos buenos: ¿y qué dirá si os encuentra vuestro padre cultivando amores en una aldea, quando en la Universidad os juzga cursando ciencias?
- Silver.* Preciso será ocultarme hasta despues de su ausencia, y entonces seguiré el rumbo por donde mi amor me lleva.
- Mam.* Pero ese amor, en qué estado se halla? en el de la inocencia?
- Silver.* Aunque he tenido ocasiones frecuentes de hablar con ella, no me atreví á declararla mi afecto.
- Mam.* Alabo la flemma.
- Silver.* Que quieres si al pronunciar, las palabras se me yelan, y quanto encienden sus ojos amortigua su modestia; pero antes de que me ausente, si la ocasion me presenta oportunidad, resuelvo comunicarla mis penas.
- Mam.* Y decidla que sois hijo del Marqués de la Floresta.
- Silver.* Al contrario. Mi intencion es aparentar pobreza, é igualdad.
- Mam.* Pues es locura, que la muger mas aprecia un peso duro á la mano,

que un tierno ay de mí, á la oreja.

Silver. Anda, recoge mi corto equipage con reserva, en tanto que yo procuro huir la vista severa de mi padre, y declarar mi amor á mi dulce prenda.

Mam. Voy á disponer la marcha?

Silver. Si.

Mam. Pronto estará dispuesta. *Vase.*

Inés. La marcha! El Señor Silverio se va? Pues cómo se ausenta sin decirme nada?

Silver. A Dios, felices y amables selvas, hasta mas dichoso dia. *Vase.*

Sale Inés. Oid... pero aquí se acerca gente.

Sale el Marqués, y Criados.

Marq. Graciosa muchacha!

Inés. Despues volveré. *Hace que se vá.*

Marq. Oye, espera.

Huyes de mí?

Inés. Yo no huyos; me voy porque estoy de priesa.

Marq. Qué tienes que hacer?

Inés. A nadie

le falta.

Marq. Esto me degüella; las mozas de los lugares tienen graciosas ideas.

Esta se ausenta de ver un Marqués de mi presencia, y con un polaynas, lleno de mugre, se estará quieta.

Inés. Señor, no habla eso conmigo; mas quando verdad dixerais, si fuese digno un polaynas de que yo le permitiera mi conversacion, sería porque la misma inocencia y sencillez de su traje manifestara en su lengua.

Marq. Ola, ola, que raciona la muchacha. Di, te precias de sabia?

Inés. Me preciana

de virtud, si poseyera su grado, que es el perfecto saber, pero con modestia.

Marq. Justamente las mugeres virtuosas me embelesan, pero hallo tan pocas...

Inés. Porque no irá usted en busca de ellas.

Marq. Segun la intencion.

Inés. Usted siempre deberá tenerla buena, porque ya sus años...

Marq. Qué hablas de años? Los sesenta he cumplido, habrá... sí habrá... mas con todo no me pesan. Ahora empiezo yo á vivir.

Inés. Quando se juzga que empiezan, suelen acabar las cosas.

Marq. Mira, chica, en mi cabeza no hallarás pelo, ni lana, ni en mi boca quien te muerda, que esto de morder lo dexo para perros, y poetas, mas sin embargo repara qué gracia, y qué gentileza de héroe; pues no es todavia mi mejor circunstancia esta, sino un bolsillo dispuesto á la mayor complacencia de todas las buenas mozas.

Inés. Y á remediar las miserias de los infelices?

Marq. Eso por sabido no se cuenta.

Inés. Es que yo he oido decir que algunos en una cena, ú en otro apetito inútil, invierten sumas muy gruesas, y en consolar á los pobres no gastan una peseta.

Marq. Yo sí; vamos á otra cosa: quién eres? que tu decencia te distingue de las payas tanto como tus ideas.

Inés. El traje es un accidente, yo soy tan paya como ellas.

Marq. Pues qué, se estilan aquí

para plantar berengenas
unas manos tan bonitas? *sup. ol*
Va á tomarla la mano y ella la retira.

Inés. Tenga usted las suyas quietas,
Señor, y sin conocer
con quien trata, no se atreva
á tan pesados juguetes;
que hallará una paya de éstas,
á quien con poca razon
los cortesanos desprecian,
que por guardar su decoro
qualquiera atencion os pierda. *Vase.*

Marq. Por Dios que la chica tiene
pensamientos de Marquesa,
bien que mi difunta esposa
pensaba de otra manera.
Me he divertido. Muchachos,
vamos al Palacio apriesa,
que cansa el andar á pie;
ya que por gozar la bella
prospectiva de este valle,
mandé, que el coche se fuera
delante.

1.º Yo iré á decir,
si gustais, que se detenga.

Marq. A buen hora, ya estará
el cochero en la taberna. *Vanse.*

Dilatada campiña, á cuyo foro se descubre un bello Palacio á lo lejos; en los bastidores de la izquierda una casería bastante capaz, y en los restantes otras de menor magnitud y adorno.

Sale Mamerto.

Mam. Gracias á mi exáctitud
la marcha queda dispuesta;
pero aquí viene Blasilla,
preciso es hablar con ella,
y ver, antes que me vaya,
si puedo de su firmeza
vivir seguro.

Sale Blasa. Mamerto,
qué haces aquí? Pues qué no entras
en danza?

Mam. Tengo otras danzas

de duendes en la cabeza.
Blasa. Pues yo vengo de ponerme
guapa para entrar en ella.

Mam. Mira una cosa.
Blasa. No puedo, que
que las amigas me esperan
para ir á la fiesta.

Mam. Calla,
que ya te hartarás de fiestas.

Blasa. Quéndo?

Mam. Quando nos casemos.

Blasa. No tal, que dice mi abuela,
que las fiestas las disfrutan
las mozas quando solteras,
y en casándose son todos
días de trabajo.

Mam. Ay vieja
del demonio, y lo que sabe!

Blasa. Pero ahora que me lo acuerdas,
quéndo nos casamos?

Mam. Pronto,
en volviendo yo á la aldea.

Blasa. Pues qué, te vas?

Mam. Al instante.

Blasa. Y de este modo me dexas
desamparada?

Mam. No llores,

Blasa. Si quiero, que es mucha pena
írsele á una moza el novio.

Mam. Con que tú, según las muestras
me quieres mucho.

Blasa. Es horror;
que fuese tan majadera
yo, que teniendo seis novios
quando veniste á la aldea,
los despidiese por tí!

Mam. Apuesto á que Bartolo era
el mas querido.

Blasa. Si hubiese
yo pensado que te fueras,
ahora podia casarme
con él.

Mam. Y cuándo yo vuelva?

Blasa. Quando tú vuelvas, ya puedo
haber enviudado.

Mam. Buena
maña piensas darte. Y qué,

- haces tambien esa cuenta conmigo.
- Blasa.** No, porque tú has de vivir hasta que mueras. Demás, que si yo me caso es por estar en tu ausencia divertida.
- Mam.** No te cases, que yo he de volver apriesa, sin que me detenga mas que en recoger de una hacienda unos quartos que me deben.
- Blasa.** Eres muy rico en tu tierra?
- Mam.** Mucho: quando salgo yo én público á qualquier fiesta, voy en coche siempre, y lleno de galones de hilo y seda.
- Blasa.** Pues, qué cosa eres allá?
- Mam.** Soy Marqués de la correa.
- Blasa.** Ola!
- Mam.** Sí: Mientras yo vuelvo recoge tú lo que puedas, para ayudar á los gastos de las bodas.
- Blasa.** Qué simpleza! Si tú eres allá tan rico.
- Mam.** No es por eso, majadera, sino es que por quatro meses tengo empeñadas mis rentas.
- Blasa.** A dónde?
- Mam.** En un bodegon, que hay en una callejuela.
- Blasa.** Qué es bodegon?
- Mam.** Un palacio donde acude la grandeza de escalera abaxo.
- Blasa.** Pero mi dote es una miseria, porque me dexó mi padre un carnero, y tres ovejas.
- Mam.** Pues escucha. Véndelo.
- Blasa.** Venderlo?
- Mam.** Sí; hazlo moneda, para la boda, y verás que cuchipanda, y qué gresca.
- Blasa.** El carnero de mi padre venderle, siendo una bestia tan mansa, que hacia mi madre lo que queria con ella!
- Eso no.** Pero los mozos; y si nos ven juntos...
- Mam.** Dexa, que yo buscaré disculpa: Dame la mano, y no temas.
- Blasa.** Toma.
- Salen todos los Aldeanos.*
- Bart.** Muchachos, aquí hemos de ensayar la fiesta: Qué haces ahí, Blasilla?
- Mam.** Estamos ensayando unas voleras aminuetadas, á fin de mezclarnos en la fiesta esta tarde.
- Bart.** Eso no sirve, que es menester que nos vea el amo, bailar á todos juntos: y si tú quisieras nos podias enseñar alguna cosilla buena, de las que andan por la Corte, porque su mesecé supiera que tenemos sus valallos buen gusto, y delicadeza.
- Mam.** Bien: pondré una contradanza fácil, primorosa, y nueva.
- Dadme los pañuelos.**
- Todos.** Toma.
- Mam.** Ponerse todos en rueda, dadas las manos.
- Todos.** Ya está.
- Mam.** Yo me meto dentro de ella para taparos los ojos.
- Todos.** Bien.
- Mam.** Y empezad á dar vueltas quando yo dé una palmada.
- Bart.** Bueno! Y despues?
- Mam.** Despues entra lo mejor. Quando yo dé otra palmada, pare la rueda.
- Bart.** Me gusta.
- Mam.** Ahora.
- Da una palmada, y anda la rueda.*
- Ven, Blasilla,**

á hablar donde no nos vean.

Blasa. Parecen burros de noria.

Mam. Vamos, pillemos soleta. *Vanse.*

Sale Inés.

Inés. Por aquí... Pero muchachos, qué haceis dando tantas vueltas?

Benito. Callen con mil de á caballo.

Bart. Callen, no ven que nos yerra la contradanza?

Inés. Parad: qué majadería es esta?

Bart. Y Mamerto?

Inés. No le he visto.

Bart. Nos ha burlado el perrera; vamos, y nos pondrá un baile el monago de la Iglesia.

Benito. Vamos, como yo le encuentre ha de llevar para peras. *Vanse.*

Inés. Qué será esto? Pero á mí, nada me importa que sea

lo que fuere. Yo no entiendo qué desazon, qué tristeza

me ocupa desde el instante que oí decir que se ausenta

el Señor Silverio. Ay Cielos! disimulo, que él se acerca.

Sale Silver. Inés está aquí: permita amor, que antes de mi ausencia pueda yo insinuarla el mio.

Inés. Señor Silverio, nos dexa usted? No sé qué entreoí

de marcha. Yo no quisiera que echase de ver el susto

que esta novedad me cuesta.

Silver. Es preciso.

Inés. Ya yo veo que aquí no hay cosa que pueda divertirnos, y la Corte os reclama á toda priesa.

Silver. Podré yo hallar en la Corte un objeto que me sea

mas interesante?

Inés. Sí. Esta campiña es amena,

mas no es mas que una campiña. La Corte, segun me cuentan,

es otra cosa. Es un Pueblo

donde hay fábricas excelsas, grandes Palacios, hermosos paseos, y tambien bellas Señoras.

Silver. Sí, pero vos las excedeis en belleza.

Inés. Yo? Favor que me haceis. Dicen que hay diversiones, y fiestas tan variadas... Yo estoy confusa.

Silver. Hay por lo comun en ellas comedias, bailes, conciertos.

Inés. Preciso es que todo sea muy agradable. Habeis visto alguna vez la comedia?

Silver. Infinitas.

Inés. Dicen que hace reir. Es cierto?

Silver. Y diversas veces hace enternecer.

Inés. Enternecer? Pues en ella qué se dice?

Silver. Por exemplo...

(su sencillez me presenta la ocasion de declararla mi amor, y no he de perderla.)

Por exemplo: Se ve un jóven que accidentalmente encuentra á una muchacha preciosa:

el idolatrarla y verla todo estuño.

Inés. O! Pues eso no parece cosa buena.

Silver. Vos condenais fácilmente, Señora. El que ama de veras es humilde y respetoso,

y no es dable que se atreva á una accion indecorosa.

Inés. Bien... Pero el amor ya lleva cierto no sé qué consigo...

Silver. Pues es delito ni ofensa amar un objeto amable?

Atended, que el cason empieza: el pretende declararla la pasion que le atormenta,

pero ahí está lo dificil: las ocasiones espera,

y en fin, se le proporciona

la de hablar solo con ella. *Inés.* Entonces grato, y sumiso, á su querida se acerca (como hago yo, verbi gracia): Yo os amo, la dice en tiernas voces; no puedo ofreceros ni títulos, ni grandezas: Mi corazón es, bien mio, para vos mi única ofrenda; y muero á vuestros pies, si vuestra piedad no le acepta.

Inés. Y ella qué responde?

Silver. Nada.

Inés. Pues en tal caso debiera decirle...

Silver. Qué?

Inés. Que su padre no la habia dado licencia para escuchar esas cosas.

Silver. Si lo mismo responde ella, y se retira lo mismo que vos.

Inés. Hace bien.

Silver. Mas de esta repulsa, nace que el jóven suspira, llora, y se muestra penetrado del mas vivo dolor. Decidme, esta escena no es capaz de enternecer? él mira á su ingrata bella como yo os miro; se arroja á sus pies de esta manera, y la toma una mano...

Inés. No, no tan á lo vivo.

Silver. Es fuerza que acompañen las acciones á la expresion de la lengua.

Inés. Pero si con las palabras basta para que lo entienda.

Silver. Dexadme seguir, que ahora lo mas esencial nos queda. Estábamos en que el jóven puesto á los pies, persevera, de su amada (esto es preciso no olvidarlo, que interesa mucho): ella no quiere verle

asi, él procura vencerla, llega la boca... á esta mano...

Inés. Pero qué pintura es esta? Basta, basta; ya no quiere

escuchar vuestra comedia.

Silver. Esperad, que ya se acaba.

La injusta cruelmente echa de sí al amante, le quiere dexar, y él, de una violenta desesperacion movido,

porque ya jamás espera

hacerla sensible; exclama: lo veo, ingrata: desprecias á un amante desdichado;

tu mérito y tu belleza

te grangearán un esposo

digno de tu complacencia,

vive dichosa con él

mientras yo infelice muera.

A Dios para siempre.

Hace que se va.

Inés. Ay Cielos!

Y qué, no le detiene ella?

Silver. Qué debería decirle?

Inés. Qué sé yo... Que su modestia

exige que así le trate,

mas con todo, que si hubiera

de elegir... preferiría...

siempre...

Silver. Qué? decid aprisa.

Inés. El mérito á la fortuna.

Cubriéndose el rostro con el delantal.

Silver. Si! Pues oid lo que resta.

Por fin, ella le detiene

torpe, asustada, y suspensa:

alza los ojos, y luego

con los de un amante encuentra;

vuelve á bajarlos confusa,

y él de nuevo á sus pies besa

su mano infinitas veces;

ya no trata de su ausencia,

y á pedírsela á su padre

en alas de su amor vuela.

Inés. Y el padre se la concede?

Silver. Sin duda.

Inés. Vuestra comedia

me ha dexado confundida.
 Bien dice mi padre: acerbas
 penas causa el querer bien.
Silver. Mas placer causa, que penas;
 y porque lo conozcais,
 aquel amante, Inés bella,
 que el corazon os ofrece,
 en mí mismo se os presenta.
Inés. Vos sois? Cómo? ¿De esta suerte
 abusasteis de mi necia
 crédula curiosidad?
 Bastante cara me cuesta.
 No me detengais, dexadme.
Silver. Ah! me engañé. Bien se dexa
 ver que os soy aborrecible. *Llora.*
Inés. Ve aquí qué estrañas ideas.
 Yo aborreceros? No hay tal.
 Mal haya mi inadvertencia.
 Por qué vine yo aquí? El llora.
 Señor Silverio...
Silver. Mi pena
 exíge de vos no más
 que una confesion sincera.
 Decid: vivireis gustosa
 con migo en dulce union tierna?
 Asegurad mi fortuna,
 ó fulminad mi sentencia.
Inés. Por má... si quiere mi padre...
 creo...
Silver. Basta. Voy apriesa
 á buscarle, y á obtener
 su justa condescendencia.
Inés. Pero no le digais nada
 de aquello de la comedia.
Silver. O! para vuestro padre es
 preciso variar la escena.
Inés. Sois muy cauteloso.
Silver. Muy
 amante mejor dixerais.
Inés. No tardeis.
Silver. Y si tardara,
 sentiriais vos mi ausencia?
Inés. Qué sé yo... No os detengais
 por si es caso que la sienta. *Vase.*
Silver. Yo buscaré á Celestino,
 le hablaré claro, y si acepta
 mi proposicion, no dudo

que mi padre la consienta. *Vase.*
*Salen por el lado opuesto el Marqués,
 y Criados que traen á Mamerto.*
Marq. Ven acá pícaro. Dónde
 está tú amo?
Mam. Esa respuesta
 le toca á él.
Marq. Y cómo estás
 tú aquí?
Mam. A mí me toca esa.
 No hay que apretarme, que todo
 lo diré al pie de la letra.
Marq. No fuisteis á Salamanca?
Mam. Pronto iremos á Cervera.
Marq. Cómo?
Mam. Si es que nos casamos.
Marq. Casar? Hombre, hablas de
 veras?
Mam. Así tardarais un poco
 mas, que segun nuestra cuenta
 ya hubierais hallado un nieto.
Marq. Un nieto? A fe que aprovecha
 mi hijo en los estudios. Vamos,
 qué tracamundana es esta?
Mam. Nada, Señor; ello en sí,
 todo es una friolera.
Marq. Cómo friolera?
Mam. Cierito,
 que mi amo os pida licencia
 de proseguir los estudios,
 y al pasar por esta aldea
 viese una moza bonita,
 y se enamorase de ella,
 no es friolera? Que á fin
 de declararla su tierna
 pasion, se quedase en este
 sitio estudiando la arenga
 con que disponer su afecto
 á su amor, no es friolera?
 Y disfrazarse de humilde
 artesano, con la idea
 de que le estrañase menos
 su rústica Melisendra,
 ganando la voluntad
 del padre, no es...
Marq. Friolera.
 Amigo, tienes razon,

friolerillas son estas,
que le han de costar bien caras.

Sale Silverio.

Silver. Quién me dirá por qué senda
habrá echado Celestino?

Marq. Ah! ven aquí, buena pieza.

Silver. Mi padre... Mas, qué me asusto
si yo buscarle debiera?

Marq. Con que tú...

Silver. Padre y Señor,
humilde á las plantas vuestras
os suplico que hasta oirme
no pronuncieis mi sentencia.

Marq. Qué he de oír? Ya lo sé todo:
Sé que eres un calavera,
sé que me engañas, y sé
que el estudio que profesas
es estafar á tu padre,
y seducir las mozuelas.

Ya extrañaba yo que un hombre
rico diese en la simpleza
de querer ser sabio; pero
no me admiro, quando era
pretexto para el amor
tu inclinación á las ciencias.

Silver. No señor, no fué pretexto,
que mi amor fue contingencia:
Pues Inés...

Marq. Quién es Inés,
porque Dios nos libre de ella?

Silver. Un compendio del honor,
la virtud, y la modestia.

Marq. Y de ahí se rebaxa todo
lo que la pasión aumenta.

Peró qué fin es el tuyo?
abusar de su inocencia?

No lo consentiré, amigo.

Silver. No tiene tan baxa idea
mi amor.

Marq. Pues qué solicitas,
hombre?

Silver. Casarme con ella.

Marq. Con una pobre aldeana!

Hijo endiablado, tú sueñas,
ó estás hecho un zaque. A Dios,
título de la Floresta.

A Dios, diez y seis quarteles.

de mi escudo de Armas: Era
preciso borrar las flores,
y vandas que le hermosean,
y pintar en él cebollas,
nabos, tomates y berzas.

Silver. Juzgais que degenerase
por Inés nuestra nobleza?

Marq. Valga el diablo tanto Inés,
sin saber qué Inés es esta.

Silver. Vedla, ahí viene, mi disculpa
mas legitima es el verla.

Marq. Esa es? Ya la habia yo visto,
y en verdad, que es bonitueta,
pero eso no basta.

Sale Inés. Estoy
tan confusa, y tan inquieta,
desde que Silverio... Mas...
quién está aquí?

Silver. Quien desea
conoceros, Inés mia.

Inés. Yo no sé que á nadie pueda
ser útil el conocerme.

Silver. Ved que el Señor de esta tierra
es aqueste caballero.

Inés. Señor, perdonad mi necia
ignorancia, y recibidme
por una criada vuestra.

Marq. Criada eres para quien
sea digno de tu belleza.

Inés. Señor, vos me sonrojais.

Marq. Bien sabes tú que es perfecta.

Inés. Solo sé que es el mejor
atributo la modestia.

Marq. Si? Pues hija mia, huye
de quien quiere abusar de ella.

Inés. Quién es?

Marq. Este bribonazo.

Inés. El Señor Silverio?

Marq. Y cuenta

que tiene un padre muy hombre
de bien, hombre de conciencia,
y que no permitirá
que tan desgraciada seas:

Dile al tuyo que te busque
esposo segun su esfera,
y si él no pone remedio,
le pondré yo.

Inés. Qué oigo, penas?

Silver. ¿Pretenderías usar,

Señor, de alguna violencia,
y que quien sin causa os odia,
con motivo os aborrezca?

Marq. Aborrecerme á mi? quién?
el padre de esta mozuela?

Y por qué razon?

Sale Celest. Qué veo?

Inés, qué haces en la selva
de este modo?

Inés. Padre, yo...

Marq. Tu padre es? Buen hombre, llega.
Me conoces?

Celest. Sois por dicha
el Marqués de la Floresta?

Marq. El mismo, pintiparado.

Celest. Que por muchos años sea.

Marq. Ahora bien; tú me aborreces,
segun dicen malas lenguas.

Silver. Señor...

Marq. Calla tú; y yo quiero
saber qué motivos tengas.

Celest. Infinitos; y ninguno
para que no os aborrezca:

desde mi primera edad
sumergido en la miseria,

desposeido de todo
el dominio de estas tierras,

y sepultado mi nombre
en el cahos de la baxeza

por vuestra iniquidad, y
por una infame cautela

vivo; son causas de amaros,
ó de aborreceros estas?

Marq. Voto va Cristobalillo.

Luego vos, segun las señas,
sois Celestino de Andriade

mi tercer primo, que en cierta
ocasion pleyteó con migo

la posesion de esta aldea;
pero cómo sin saberlo

yo, vivís hasta hoy en ella?

Celest. Como al rico no le importa
saber si viva ó si muera

el miserable, no es mucho
que donde vive no sepa.

Marq. No es mi corazon tan fiero,
y no dudando que fuera

justamente pronunciada
á mi favor la sentencia,

porque jamás al que pierde
le falta razon de queja,

siempre hubiera impreso en mi alma
la voz de naturaleza

sus sentimientos si hubiese
sabido yo antes qual era

tu situacion como ahora
demostrará la experiencia,

que no ha de valer mas una
corta parte de mi hacienda,

que el impulso de la sangre,
y el grito de la conciencia.

Dentro. Aquí está el amo. Muchachos,
suenen esas panderetas.

Marq. Qué es esto?

Silver. Los aldeanos,
que á vuestro festejo anhelan.

Marq. Dexadlos llegar; y luego
proseguirá la materia.

Inés. Qué Marqués tan basto.

Mam. De estos inquisidores
Marqueses hay á docenas.

*Salen todos los labradores cantando
y bailando.*

Música. Quando nuestro amo viene
á ilustrar esta aldea,

recibámosle todos
con regocijo y fiesta;

diciendo con las voces
pandero y castañuelas:

viva zagales, la envidia del valle,
viva pastores, la flor de las flores.

Blasa. Bailad, chicas, que no todos
los dias son dias de fiesta.

Marq. Amigos, vuestro festejo
agradecido me dexa,

pero suspendedle ahora,
que hay otras cosas mas serias

que tratar. Ven á mis brazos,
Celestino, y de tus quejas

sea esta demostracion
la satisfaccion primera,

y la segunda cedér

el término de esta aldea
en arras y dote á Inés,
tu hija, que ha de ser mi nuera;
y así se acaba el litigio
nuestro, y tus enojos.

Celest. Cesa,

qué á esa pretensión, Marqués,
niego mi condescendencia.

Yo tengo á mi hija educada
de tal suerte, que no echa
menos los falaces brillos
del fausto, y de la opulencia;
vive humilde, recatada,
y gustosa en su pobreza,
y tal vez corrompería
su virtud en otra esfera.

Marq. La virtud es don, que solo
destinó el Cielo á las selvas?

Celest. No, pero hay en ellas menos
peligros que la perviertan.

Vuestro hijo apreciará poco
en mi querida Inés, esta
distinción, que es su realce;
habrá de vivir sujeta
al voluntario capricho
de un pisaverde tronera,
uno de estos de que abundan
las Ciudades opulentas,
que baxo el disfraz de esposo
su injusto tirano sea,
porque el amor pocas veces
se une con la conveniencia.

Silver. Señor, desde que un acaso
me traxo á vuestra presencia,
hasta hoy, habeis conocido,
que mi conducta merezca
un concepto tan odioso?

Celest. Pues qué, sois vos?

Marq. Brava fíema!
Celest. Es vuestro hijo Silverio?

Marq. Mi hijo es, sobre la conciencia
de su madre, que Dios haya,
y ella la tuvo muy buena
en estos casos.

Celest. Por qué
se disfrazó?

Marq. Bien lo muestra
la accion.

Celest. Pues yo le perdono,
no obstante, la estratagema,
y le concedo la mano
de mi hija, pues la desea.

Silver. Feliz quien logra tal dicha.

Marq. Dale la mano.

Inés. Me yela
el rubor.

Silver. Ve aquí, Inés mia,
el fin de nuestra comedia.

Inés. Me parece bien; y ahora
qué mas falta?

Mam. El fin de fiesta.

Marq. Ese será mas alegre.
Y mientras que se celebran
las bodas, descansaremos
en dulce amistad perpétua.

Celest. Vivas eternas edades.

Marq. Viviré lo que Dios quiera.
Ea, muchachos, ahora
entra la bulla y la gresca;
celebrad las muy felices
bodas de vuestra Marquesa,
que en nacimiento y crianza
os ha sido compañera;
pidiendo rendidos antes
perdon de las faltas nuestras.

Con el baylete se da fin.

CON LICENCIA. VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS. AÑO 1819.

Se hallará en la Librería de la Viuda de Navarro, calle de la Lonja de la Sedas
asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos
Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.